



DECLARACIONES DE LAS CUATRO SIRVIENTAS

Introducción

Las *Declaraciones de las cuatro sirvientas* (*Dicta*, en latín) constituyen la fuente principal de las vidas y biografías posteriores de la Santa y merecen una presentación un poco más cuidada.

Aunque no conste de una forma clara, estos interrogatorios a las sirvientas parece que no se llevaron a cabo de una sola vez. Se fueron completando con el tiempo. Su configuración se extendió, al menos, en los años 1233 y 34, hasta enero de 1235. No se puede excluir que, después de la misma canonización de Isabel, estas doncellas fueran de nuevo consultadas por aquellos biógrafos que querían saber más de la santa.

Han llegado a nosotros en dos recensiones y diferentes códices, con algunas variantes. La recensión con todos los visos de ser la primera se titula, *Declaraciones de las cuatro sirvientas*. Es la más breve, la que ofrecemos en este apéndice.

Lo primero que notamos en ellas es la espontaneidad, la frescura, la sencillez, la ingenuidad que transpiran. Podrían ser designadas como *floreциllas* de santa Isabel. Fueron tomadas en alemán arcaico pero redactadas en latín en nombre de la comisión papal para la canonización de Isabel.

El texto crítico de esta recensión breve fue elaborado y transcrito por Albert Huyskens en *Quellenstudien zur Geschichte de hl. Elisabeth* [*Estudio de las fuentes para la historia de santa Isabel*], obra aparecida en 1908, con motivo de la celebración del 7º centenario de su nacimiento un año antes.

La recensión más larga parece que toma ésta más breve, la completa y la encuadrada entre un prólogo y un epílogo, que vienen a ser una especie de sermón sobre la Santa.

El prólogo la presenta como modelo de todas las virtudes: como un espejo de penitencia e inocencia para esposas, viudas, doncellas. Su título completo es *Libellus de dictis quatuor ancillarum S. Elisabeth confectus* [*Librito confeccionado con las declaraciones de las cuatro doncellas de santa Isabel*]. El nombre que se le da en los códices es *Vida de la bienaventurada*

Isabel. Probablemente el autor que confeccionó el *Libellus*, interrogó de nuevo a las sirvientas.

El núcleo del *Libellus* lo constituyen las *Declaraciones* mencionadas antes, pero completadas con algunos pasajes y pequeñas variaciones. Está dividido, por motivos pedagógicos, en cuatro partes: infancia, estado matrimonial, viudedad y labor caritativa en el hospital de Marburgo. Estas partes siguen las declaraciones de cada una de las doncellas.

El epílogo, además de reflexionar sobre la santidad de Isabel, hace referencia a algunos acontecimientos de después de su muerte y a los milagros. También a la exhumación de sus restos en la nueva capilla del hospital de san Francisco (1236). Acaba con exhortaciones a todos para que recurran a tan grande intercesora.

La edición crítica fue publicada también por Albert Huyskens, en 1911. Usaré la palabra *Libellus*, y no *Librito*, por ser la más difundida en las obras sobre nuestra Santa.

En la mayoría de ellas, suelen citarse con este nombre universalizado, *Libellus*, tanto las *Declaraciones* (compilación breve) como el *Libellus* o *Librito* (compilación larga). Sin embargo, en esta obra he preferido distinguir ambas referencias, *Libellus* (L) y *Declaraciones* (D), según use una u otra versión.

Las cuatro sirvientas interrogadas vivieron íntimamente ligadas a la persona y a la obra de Isabel. Tres de ellas hicieron voto de obediencia y continencia en manos de Conrado en 1226. Con ella formaron una comunidad penitente en el castillo de Wartburgo. Las cuatro emitieron con ella, después de la muerte de su marido, la segunda profesión de renuncia total al mundo, y vistieron la túnica gris de penitentes franciscanas.

Guda, una dama distinguida, que desde los cinco años fue compañera de Isabel, recuerda su infancia.

Isentrudis de Horselgau, era una viuda noble que convivió con Isabel cinco años en el castillo de Wartburgo, y uno más después de la muerte de su marido, como religiosa plena. Gozaba de la confianza de Isabel y conoció su vida íntima.

La tercera sirva, la homónima Isabel, acompañó a la Santa en sus últimos años de vida. Siguió con la santa después de recibir el hábito gris, en el servicio del hospital de Marburgo.

La cuarta sirvienta interrogada, Irmgarda, fue igualmente religiosa con hábito gris. Participó activamente en el servicio del hospital de Marburgo. Con la sirvienta Isabel asistió a la Santa en su última enfermedad y muerte. Las cuatro fueron testigos de primera mano.

Declaraciones de las cuatro sirvientas
(*Texto traducido del original latino*)

1 Guda, doncella religiosa, desde la edad de cinco años fue asociada a Isabel, entonces de cuatro años. Interrogada sobre su comportamiento y vida, afirmó con juramento que la bienaventurada Isabel, entonces gran condesa [landgrave] de Turingia, hija del rey de Hungría, desde la adolescencia mostró celo por la religión, y orientaba sus intenciones y acciones a Dios, tanto en momentos recreativos como en los serios.

2 Cuando tenía cinco años y no sabía leer, se postraba a menudo delante del altar, abriendo delante de sí el salterio como si estuviese orando. Como presagio de su buena índole, hacía a menudo secretamente genuflexiones, buscando de muchas maneras, la ocasión para entrar inadvertida en la capilla. Si se daba cuenta de que sus sirvientas la

observaban, corría hacia la capilla saltando a manera de juego, como si intentase atrapar una niña, y se ponía delante del altar de rodillas, con las manos juntas en oración, apoyando la boca sobre el pavimento.

3 Igualmente, saltando sobre un pie, como se hacía en cierto juego, impelía las niñas hacia la capilla y si, con la excusa del juego, no podía entrar, se contentaba con besar al menos los dinteles y las paredes del templo.

4 En el juego de los anillos y en cualquier otro juego, ponía en Dios la esperanza de vencer y ganar y, para tener ventajas, prometía a Dios algunas genuflexiones con el Avemaría. Si a veces, no podía cumplir con ellas, decía en previsión a alguna compañera: "Midámonos para ver quien de nosotras es más alta". Y así, con motivo de las muchas genuflexiones prometidas, se postraba muchas veces en tierra y se tomaba medidas. Ella misma lo reconoció a menudo, ya de adulta.

5 También en el juego de los anillos y en cualquier otro juego, daba la décima parte de sus ganancias a las niñas más pobres con las que jugaba, haciéndoles pequeños obsequios. Por cada regalo les exigía la recitación de algún Padrenuestro con el Ave María.

6 Cuando ya era mayorcita, a menudo expresaba el deseo de tener al apóstol san Juan evangelista como custodio de su castidad. Era costumbre entre las damas escribir individualmente los nombres de los apóstoles sobre velas o sobre trozos de papel y, echándolos todos mezclados sobre el altar, cada una sacaba a suerte el protector particular. Isabel, fundida en oración, sacó tres veces a suerte a san Juan apóstol, según sus deseos. En su honor jamás rehusaba lo que se le pedía, ya fuera una merced, o el perdón de una ofensa o bien hacer u omitir algo.

7 Cuando era obligada a ir a dormir antes de acabar las oraciones habituales, a menudo continuaba rezando estando en el lecho.

8 Cada día renunciaba a alguna cosa, sacrificando su propia voluntad por amor de Dios. Así pues, cuando le iba muy bien en cualquier juego, decía: "Ahora que gano muy bien, voy a dejarlo por Dios".

9 Del mismo modo, en una danza que se hacía con muchas vueltas, acabada la primera, dijo a las niñas: "A mí me basta una vuelta; las otras las dejo por amor de Dios". Y acostumbraba hacer muchas otras cosas de este tipo.

10 Solía hacer muchas pequeñas promesas por amor de Dios, tales como renunciar a los manguitos [de adorno] antes de la misa los días festivos y no usar los guantes los domingos por la mañana. Por respeto a Dios y por promesas hechas, se abstenía de éstas y otras cosas que formaban parte del culto al cuerpo y de la vanidad del mundo. Sería demasiado largo contarlas. En su adolescencia, teniendo humildemente a Dios ante sus ojos e invocándolo en cada acción de su vida, lo nombraba con dulzura y todo lo dirigía hacia Él.

11 De todo esto se podría hablar mucho. Basten estas pocas informaciones, puesto que Guda no recuerda nada más por el momento. Interrogada sobre cuánto tiempo había vivido con ella y cómo se había enterado de las cosas narradas, respondió que - como hemos dicho antes - había vivido con la bienaventurada Isabel y la había servido después de la muerte del señor landgrave [gran conde], hasta que la beata Isabel profesó y vistió la túnica gris de manos del maestro Conrado. En aquella ocasión, la misma Guda vistió la túnica gris junto con Isabel. Con la toma de tal hábito quiso solemnizar el voto de castidad que había emitido años antes en manos del maestro Conrado.

12 Isestrudis, religiosa de Hørselgau, formó parte de la familia de la beata Isabel durante unos cinco años, cuando vivía todavía el landgrave, su marido. Después de la muerte del landgrave, permaneció con ella más de un año tan íntimamente que conocía todos sus secretos, hasta que la beata Isabel vistió el hábito gris. Interrogada sobre la vida de Isabel, declaró con juramento que, aún en vida de su consorte Luis, la vio siempre muy religiosa y humilde, muy caritativa y dada a la oración. A menudo, con paso rápido, se dirigía hacia la iglesia para hacer algunas genuflexiones a escondidas, mientras sus sirvientas murmuraban indignadas detrás.

13 Un día, cuando estaba todavía con el vestido de gloria terrena, tomó consigo a escondidas un mendigo enfermo de aspecto horrible, que sufría una enfermedad en la cabeza. Con sus propias manos, le cortó los asquerosos cabellos, poniendo la cabeza del enfermo reclinada sobre su propio regazo. Después le lavó la cabeza en el cuarto de

aseo privado para evitar miradas indiscretas. Cuando llegaron sus sirvientas la reprendieron por tal motivo, pero ella respondió con una sonrisa.

14 Isentrudis declaró además que la beata Isabel, mientras aún vivía el landgrave Luis y de acuerdo con él, prometió obediencia al maestro Conrado de Marburgo, salvos siempre los derechos del marido. Hizo también en las manos del mismo Conrado el voto de observar continencia perpetua, si sobreviviese a su marido. Esto tuvo lugar en Eisenach, en el monasterio de santa Catalina [donde vivía retirada Sofía, su suegra].

15 También declaró que, habiendo prometido obediencia¹, el maestro Conrado le ordenó que no usara de los bienes del marido si no estaba segura de la honestidad de su procedencia. Ella se atuvo tan fielmente a esto que, estando sentada a la mesa junto al esposo, se abstenía de todas aquellas cosas que provenían de oficinas y exacciones de los funcionarios. No consumía alimentos si no se informaba antes de si provenían de las rentas o de los bienes legítimos de su marido. Cuando se servían productos de origen injusto, a menudo, delante de los soldados o ministros, rompía trocitos de pan y otros alimentos acá o allá y los repartía para disimular que comía.

16 Cuando ella y sus tres sirvientas, de acuerdo con todo esto, pidieron al landgrave que no tomara a mal que, mientras los otros comían, ellas no comieran, sino que lo disimularan, respondió: "Todo esto yo mismo lo haría de buena gana si no temiese las habladurías de la familia y de los demás. Con todo, Dios mediante, pronto decidiré lo más oportuno para mi situación".

17 La bienaventurada Isabel se proveía a sí misma y a los suyos con algunos bienes que le habían asignado en dote. Cuando no podía comprar lo necesario, pedía a la gente de confianza, con los que se hallaba, o por medio de enviados, lo que necesitaba; con estas cosas suplicadas gozaba más que con los alimentos de la corte; todo con la intención de observar las órdenes del maestro Conrado.

18 Conrado también le había inculcado que no utilizara jamás los bienes de otros, de quienes tuviera mala conciencia. De aquí que, a menudo, pasara una gran penuria, pudiendo alimentarse a veces solamente de mendrugos de pan dulcificados con miel. Y hasta a veces, con gusto, se hubiese contentado con un poco de pan con sus siervas, si hubiese estado segura de poder comerlo. De hecho, en medio de las pitanzas variadas de la mesa del marido, padecía sed y hambre. Su esposo siempre la proveía en privado con bienes de los que se podía servir.

19 Una vez, estando a la mesa con su marido y absteniéndose de muchos alimentos vetados, Isabel disponía solamente de cinco pajaritos que le habían servido. Se reservó para sí sólo una parte, entregó el resto a sus sirvientas y quedó contenta con aquel almuerzo.

20 Sufría más por la penuria de sus sirvientas que por la propia, cuando no las podía proveer de bienes legítimos. De aquí que pidiera con frecuencia provisiones a los campesinos. Cuando obtenía sólo alimentos legítimos, decía a sus sirvientas: "Hoy solamente podéis comer". Otras veces disponía sólo de bebida lícita, proveniente por suerte de las viñas del marido, entonces exclamaba: "Hoy sólo podéis beber". Cuando finalmente se enteraba de que ambas cosas eran de legítima procedencia, batía las manos con regocijo y exclamaba: "Qué suerte para nosotras, ahora comeremos y beberemos".

21 Sucedió una vez que Isabel, acompañando al marido en una gran cabalgata y no encontrando aquellos alimentos de los que se pudiera servir con buena conciencia, tuvo a mano solamente de un gran pan negro y duro que reblandeció sólo con un poco de agua caliente. En aquella ocasión se contentó con sus sirvientas con tal alimento, porque los sábados ayunaban. Y así aquel día cabalgaron ocho millas germanas que equivalen bien a cuarenta millas itálicas.

22 Por este modo particular y poco usual de vivir, tanto la misma Isabel como su marido, que le permitía tales cosas, aguantaban con mucha paciencia las críticas de los suyos, hasta a veces echadas en cara. Aunque ella se abstuviera de los bienes procurados ilícitamente, sin embargo, cuando podía, se preocupaba de resarcir a aquellos que habían sido extorsionados.

¹ Las mujeres, que querían vivir en el estado de la penitencia de manera más comprometida, prometían obediencia el visitador o al confesor. Así lo hizo santa Clara a san Francisco, como confiesa la misma Clara en su testamento.

- 23 A menudo, durante la noche, la bienaventurada Isabel se levantaba para hacer oración y su esposo la amonestaba que no se mortificase. A veces él sostenía una mano de Isabel en la suya, mientras ella rezaba, y le rogaba, preocupado, que volviese de aquella posición incómoda.
- 24 La bienaventurada Isabel pedía a menudo a sus doncellas que la despertasen de noche para la oración, puesto que cada noche solía levantarse, cuando su marido dormía o fingía dormir. Pero las sirvientas, temiendo molestar al señor esposo al despertarla, le pidieron cómo hacerlo. Ella les dijo que le tirasen de un pie. Sucedió, pero, que la misma Isentrudis, queriendo despertarla, tiró del pie del marido, que había estirado su pierna hacia el lado de la señora. Él se despertó y, comprendiendo el motivo, lo soportó con paciencia.
- 25 Alguna vez, debido a la duración de la oración, Isabel se dormía sobre la alfombra junto a la cama. Advertida por sus criadas, por qué no dormía mejor con el marido, Isabel respondió: "Si yo no puedo rezar siempre, al menos hago esta violencia a mi cuerpo, apartándome de mi esposo muy querido".
- 26 También dejando a su esposo en cama, se hacía disciplinar reciamente por las sirvientas en una habitación secreta y, después de la oración, volvía gozosa al lecho del marido. Esto lo hizo a menudo después de prometer obediencia al maestro Conrado. Con anterioridad, a veces lo había hecho durante la cuaresma o los viernes. Estando ausente su marido, pasaba muchas noches con vigiliias, genuflexiones, disciplinas y oraciones.
- 27 Cuando venían a visitarla las matronas mundanas, alternaba con ellas como un predicador sobre Dios, induciéndolas a menudo, con insistencia, a comprometerse con una promesa de abstenerse al menos de alguna de sus vanidades mundanas. Cuando no podía convencerlas de abandonar muchas presunciones, tales como bailes o manguitos demasiado estrechos o bien cintas de seda entrelazadas con el peinado u otro adorno capilar o demás cosas superfluas, procuraba inducirlas a usar mangas decentes en las que brillasen las buenas costumbres. Luego las exhortaba a hacer voto de continencia después de la muerte de sus maridos.
- 28 Desde la adolescencia, durante la celebración de la misa, solía a menudo soltarse los manguitos de adorno ante ciertos pasajes del evangelio y se quitaba los collares, anillos y otros ornamentos corporales. Se apartaba también el velo de la cabeza, entrelazado artísticamente, antes del evangelio o del canon, y lo deponía con humildad e inclinada principalmente en el momento de la consagración.
- 29 En la purificación después del parto de cada hijo, pasados los días establecidos, mientras las otras parteras solían ir a la iglesia con gran acompañamiento y vestidos preciosos, Isabel acudía a la iglesia vestida humildemente de lana, con los pies descalzos. Llevaba el niño en brazos, a ejemplo de la Virgen María, con una vela y un cordero, para ofrecerlo sobre el altar. Enseguida que volvía a casa, solía regalar la túnica y la capa, que había usado, a una mujer pobre.
- 30 En tiempo de rogativas, seguía la procesión de la cruz vestida de lana y con pies descalzos. En las estaciones de predicaciones se colocaba siempre entre las mujeres más pobres.
- 31 Mientras todavía vivía el marido, hilaba lana con sus sirvientas y mandaba hacer tela para el vestuario de los frailes menores y de los pobres. Cosía con sus propias manos también vestidos para los catecúmenos pobres, los hacía bautizar y los sacaba de la fuente bautismal para ser su madrina y ayudarles más generosamente.
- 32 También preparaba con sus manos mortajas para los difuntos, les trataba y tocaba con sus propias manos y participaba en sus exequias. Cortó en trozos una gran cortina blanquísima de lino y la destinó sólo a mortajas. Visitando, una vez, un enfermo pobre y oyéndole lamentarse sobre algunas deudas que no podía satisfacer, Isabel las pagó por su cuenta.
- 33 Non soportaba que los difuntos ricos fueran revestidos con camisas y lienzos nuevos, sino viejos, y ordenaba que los paños mejores se destinasen a los pobres.
- 34 Con frecuencia Isabel visitaba las parturientas pobres y las confortaba. Y cuando los emisarios de tales personas y de otros enfermos le pedían alguna cosa, los visitaba en sus domicilios, porque viéndolos se disponía mejor a la misericordia y a la compasión. Y aunque sus alojamientos estuvieran distantes y el camino embarrado y áspero, los visitaba personalmente entrando en sus viles tugurios. No desdeñaba la suciedad, les llevaba cuanto habían menester y los confortaba. Así ganaba un triple mérito: el del trabajo, el de la compasión y el de la generosidad.

- 35 Cierta día, en un lugar secreto, quiso ordeñar una vaca para satisfacer el apetito de un pobre que le pedía leche. Pero la insolente vaca no se dejó ordeñar.
- 36 Viviendo todavía su marido, fue hasta tal punto obediente al maestro Conrado que, habiéndola invitado un día a escuchar su sermón, ella no pudo asistir porque había venido de improviso la marquesa de Meisen [su cuñada]. El maestro Conrado, resentido, le envió un recadero para decirle que, con tal desobediencia, a partir de entonces, no se cuidaría más de ella. Al día siguiente, con gran prisa, Isabel anduvo a ver a Conrado con humildad, implorándole que le perdonase la ofensa. Él lo rechazó. Entonces Isabel y las sirvientas, postradas a sus pies, recibieron una penitencia del maestro Conrado: despojadas hasta la cintura fueron azotadas por él.
- 37 En tiempo de un hambre general y carestía, cuando el landgrave tuvo que partir a Cremona², distribuyó en limosna a los pobres todas las provisiones provenientes de las granjas especiales del príncipe. Les daba tanto cuanto necesitaban cada día, durante muchos días. Debajo del altísimo castillo, donde ella residía [Wartburgo], había una casona donde recogía muchos enfermos que no podían acudir a la distribución general de limosnas. A pesar de las grandes dificultades de la subida y bajada, los visitaba algunas veces al día, confortándolos y amonestándolos a la paciencia y a salvar sus almas. Satisfacía en todo los deseos de cada uno, llegando a vender sus joyas para alimentarlos.
- 38 Y aunque no pudiese soportar de modo alguno el aire corrompido, en verano soportaba sin disgusto alguno el hedor de los enfermos, que las sirvientas, murmurando, a penas aguantaban. Cuidaba gozosa a los enfermos con sus propias manos; con el velo de su cabeza les secaba el rostro, la baba, los esputos y la suciedad de sus labios y narices.
- 39 Además de éstos, Isabel acogía en la misma casa a muchos niños pobres a los que proveía bien, tratándoles con tanta benevolencia y ternura que todos la llamaban mamá y cuando ella entraba en la casa corrían a rodearla. Entre estos niños amaba de manera especial a los roñosos, enfermos, débiles y a los más sucios y deformes; los estrechaba con sus propias manos contra su regazo. Para divertirles, adquirió para ellos ollitas, anillos de vidrio y otras baratijas. Cuando las llevaba dentro de su capa a caballo, desde la ciudad hacia el castillo, todos los objetos le cayeron por desgracia desde una roca altísima sobre un pedregal. Y aunque cayeron sobre piedras, todos los objetos pudieron recuperarse íntegros y salvos, y los distribuyó luego a los niños para jugar.
- 40 Además de estos enfermos del colectivo de pobres que recibían limosna, Isabel escogió los más miserables y necesitados que alojó delante del castillo. Les distribuía personalmente todo lo que sobraba de su mesa, privándose, a sí misma y a las sirvientas, de muchas cosas para atenderles. Un día, después de distribuir las limosnas, les repartió también, con un jarro, unas sobras de cerveza en pequeñas cantidades. Habiéndoles proveído a todos, el contenido del jarro parecía no disminuir, sino que quedaba tanta cerveza cuanta había al inicio.
- 41 Como hubiese proveído de alimentos a la población hasta la nueva cosecha, Isabel repartió a todos los que podían trabajar camisas y calzado adecuado, para que no se lesionasen los pies con los rastrojos; les entregó hoces para la siega, para que pudieran alimentarse con el propio trabajo. A los inválidos, sin embargo, incapaces de trabajar, les suministró indumentaria que había mandado adquirir en el mercado.
- 42 Isabel distribuía todas estas cosas ella misma con gozo. Y cuando despedía a los pobres, le entregaba algo a cada uno. Una vez que no tenía dinero, dio a las mujeres pobres abrigos y otros artículos de seda, diciéndoles: “No quiero que uséis estos objetos por vanidad, sino que los vendáis para vuestras necesidades y os afanéis con el trabajo”. A una de estas mujeres le dio calzado, camisas y una capa. La mujer fue tan feliz que, cayendo en el suelo, parecía que se moría de alegría, mientras gritaba, que jamás en el mundo había habido tanto gozo. Viendo esto, la beata Isabel se arrepintió de habérselo dado temiendo que se hubiese podido morir.
- 43 Cuando estaba en su mayor gloria, Isabel aspiraba a la mendicidad y charlaba con sus sirvientas a menudo sobre la pobreza. Vistiéndose con un vil abrigo en el palacio,

² En realidad, la reunión de Cremona fue desconvocada y Luis, el 22 de abril 1226, se dirigió a Ravena y regresó el 22 de julio.

ante ellas, y cubriéndose la cabeza con un paño vil, exclamó: “Así iré un día, cuando pida limosna y soporte miseria por amor de Dios”.

44 En la Cena del Señor, celebraba solemnemente el lavatorio de los pies con los pobres. Un Jueves Santo convocó a muchos leprosos, les lavó pies y manos y, arrodillada ante ellos humildemente, les besaba las partes del cuerpo más ulcerosas y repugnantes. Y luego, dondequiera que encontrase leprosos, se sentaba junto a ellos, los consolaba y exhortaba a la paciencia, no le daban asco, los trataba como a los sanos y les distribuía muchas limosnas.

45 Evitaba además la superfluidad en el vestir, rechazando atavíos largos y refinados. Ejercía todas las obras de caridad con gozo y serenidad en su rostro, y experimentó en secreto una abundantísima gracia de lágrimas que sostuvo con gozo y sin deformar su semblante.

46 Isabel hizo estas cosas y muchas más dignas de memoria, que aquí no pueden referirse, mientras vivía aún su marido. Con él vivió laudablemente en matrimonio: se amaban con maravilloso afecto, se exhortaban mutuamente y se animaban dulcemente a alabar y servir a Dios.

47 Su esposo, en efecto, que tenía que preocuparse por los bienes temporales según la necesidad de sus principados, teniendo siempre en secreto, ante sus ojos, el temor de Dios, concedió a la beata Isabel plenas facultades para cumplir todos aquellos ejercicios que afectan al honor de Dios, animándola a procurar la salvación de su alma.

48 En todos estos relatos, la citada Guda, bajo juramento, concuerda con Isentrudis, puesto que ambas formaron parte de la familia de Isabel durante mucho tiempo.

49 Después de la muerte del marido, Isabel fue expulsada del castillo y privada de todos sus bienes y dote por algunos vasallos de su esposo, cuando su hermano era aún joven. Se dirigió a la ciudad [Eisenach] debajo de su castillo, entró en una pobre casa situada en el patio de un tabernero, donde este huésped almacenaba recipientes y utensilios, y donde antes había tenido sus cerdos. Allí pasó aquella noche con gran gozo. A la hora de maitines, a media noche, se dirigió a los frailes menores, en la misma ciudad, rogándoles que cantasen el *Te Deum laudamus*, alegrándose y dando gracias al Señor por aquellas tribulaciones³.

50 Al día siguiente, como ningún rico quisiese darle hospitalidad, entró con sus acompañantes en una iglesia donde permaneció mucho tiempo sentada. Y habiéndole traído sus pequeños hijos desde el castillo, en el máximo rigor de aquella fría estación, no sabía a dónde dirigirse ni dónde reclinar la cabeza de sus hijos a quienes, por sucesión paterna, les correspondía la propiedad de la ciudad.

51 Al fin, forzada por la necesidad, entró en la casa de un sacerdote a pedir misericordia para sí y los suyos después de entregar unas prendas. Luego se le ordenó dirigirse a la casa de un cierto rival donde fue obligada a establecerse con toda su familia en un lugar estrecho, aunque había muchas dependencias. Pero como el huésped y el albergue le eran insostenibles, a ella y a los suyos, al marcharse bendijo a los muros que la habían resguardado del frío y la lluvia, y añadió: “ De buena gana daría las gracias a los hombres pero no sé de qué”.

52 Como no pudo hallar un lugar más acogedor, regresó de nuevo a la sucia casa donde había sido acogida al principio. Sufriendo, sin motivo alguno, la persecución de parte de casi todos los vasallos de su marido, privada de sus bienes y forzada a la indigencia, envió a sus hijos a diversos lugares lejanos, donde pudiesen ser alimentados. Aún entonces lo poco que podía quitarse de la boca, lo daba a los pobres.

53 Una cierta anciana enferma, que recibía a menudo limosnas de ella, con remedios para su enfermedad, una mañana encontró a la beata Isabel que se dirigía a la iglesia. El callejón era estrecho con piedras colocadas para poder atravesar sobre el barro profundo. La vieja, no queriendo cederle el paso, la empujó en el barro y ella, cayendo con todos sus vestidos, se ensució totalmente. Lo aceptó con paciencia y, riéndose mucho, se levantó y se lavó los vestidos con ánimo gozoso.

54 Una mañana de cuaresma, permaneció largo tiempo arrodillada y apoyada en la pared de la iglesia, con los ojos fijos en el altar. Cuando regresó a su humilde tugurio, habiendo tomado poquísimo alimento porque estaba muy débil, empezó a sudar y se apoyó en la pared, pero Isentrudis la tomó en su regazo.

³ Las *Declaraciones* pretenden exculpar a Enrique alegando su falta de experiencia.

- 55 Después de hacer salir a toda la gente menos a las dichas sirvientas, Isabel quedó con los ojos abiertos, fijos en la ventana. En un momento dado, empezó a reír dulcemente con gran júbilo en su rostro. Después de una hora buena, cerrando los ojos, empezó a derramar abundantes lágrimas. Poco después, abrió los ojos, riendo de nuevo gozosamente como antes. Y permaneció en aquella contemplación hasta la hora de completas. A veces lloraba con los ojos cerrados y, acto seguido reía con los ojos abiertos, inmersa en un estado de gran felicidad. Al fin, como estuviese silenciosa mucho tiempo, de repente exclamó: "Así, Señor, tú quieres estar conmigo y yo quiero estar contigo y no quiero separarme jamás de ti".
- 56 Dicha Isentrudis, noble dama, más unida a Isabel que las demás sirvientas, le pidió insistente que le revelase con quien había estado hablando. La beata Isabel se hizo rogar, pero después vencida por sus ruegos, respondió: "He visto el cielo abierto y mi dulce Señor Jesús inclinado hacia mí que me consolaba por las diversas angustias y tribulaciones que me circundan. Viéndolo me dio una gran alegría y me puse a reír. Cuando después volvió el rostro como para marcharse, lloré. Pero él, movido de compasión, volvió su mirada serenísima hacia mí diciendo: Si quieres estar conmigo, yo estaré contigo. Yo le respondí como he referido antes."
- 57 Dicha Isentrudis le pidió que le revelase la visión que había tenido en la iglesia durante la elevación de la hostia, como ya explicamos. Pero la beata Isabel respondió: "Lo que vi allí, no conviene revelarlo, pero has de saber que estaba inmersa en un grandísimo gozo y contemplé los maravillosos secretos de Dios".
- 58 Después de estos hechos, la abadesa de Kitzingen, su tía [Matilde], en la diócesis de Würzburg, compadecida de su miseria, la condujo al tío de la beata Isabel, al señor obispo de Bamberg [Egberto]. Él la recibió honrosamente y quiso prepararle unas nuevas nupcias, como reconoció la beata Isabel.
- 59 Como las dichas sirvientas, que habían hecho voto de continencia con ella, temían que el obispo usara de la fuerza y se lamentaban con dolor y lágrimas, la beata Isabel las confortaba diciéndoles a menudo: "Es tan firme mi confianza en el Señor, que conoce que mi voto de conservar la continencia, ya emitido cuando vivía mi esposo, ha salido de un corazón puro y sincero que, confiando en su misericordia, sé que es imposible que deje de preservar mi castidad contra cualquier proyecto humano y violencia. Después de la muerte de mi marido, prometí la castidad absoluta y no condicionada, es decir, si gustase a mis amigos o si Dios manifestase otra cosa. Más aún, si mi tío quisiese desposarme con otro hombre contra mi voluntad, me opondría con todo mi corazón y de palabra. Y si no tuviese otro remedio, estaría dispuesta a cortarme secretamente la nariz y así, nadie se preocuparía por mí, tan gravemente mutilada".
- 60 Fue conducida, contra su voluntad, al castillo Pottenstein para ser encerrada en espera de un nuevo matrimonio, como ella misma supo. Con lágrimas en los ojos confiaba su castidad al Señor en quien había puesto su corazón. Pero he aquí que un día, por inspiración del Señor que consuela los afligidos, de repente llegó un mensajero de dicho obispo con la orden de conducirla a Bamberg, para que recibiera los despojos de su marido Luis, traídos de ultramar.
- 61 El obispo acogió con solemnidad y en procesión aquellos despojos. Isabel exclamó con lágrimas: "Señor, te doy gracias porque en tu misericordia me has dado el consuelo de ver los huesos de mi esposo, como he deseado tanto. Tú sabes cuánto le he amado, pero no me arrepiento del ofrecimiento que hizo este queridísimo tuyo y yo misma como cruzado de Tierra Santa. Si pudiese retenerlo, daría todo el mundo a cambio, aunque tuviera que ir con él mendigando. Pero tú eres testigo de que yo no quisiera rescatar su vida, ni siquiera con un solo cabello, si fuese contra tu voluntad. Ahora lo encomiendo a tu gracia, a él y a mí. Hágase con nosotros tu voluntad".
- 62 Luego, Isabel se dirigió a Turingia con los vasallos que llevaban los restos mortales de su esposo, para darles sepultura en la abadía de Reinhardsbrun. Éstos prometieron ayudar a Isabel para recuperar su dote, de lo contrario el obispo no les hubiese querido confiar su sobrina si no le hubiesen garantizado tutelar sus derechos. Pero, después de la sepultura de su marido, nadie de ellos defendió sus derechos y cayó en el estado de mendicidad y penuria de antes, hasta que, por orden del maestro Conrado, se transfirió a Marburgo, donde vistió una túnica gris, un hábito vil y despreciable.
- 63 Aquí [en Marburgo] recibió casi dos mil marcos de su dote, que repartió a los pobres en tiempos diversos. Así, en un solo día, distribuyó 500 marcos a un número incontable de pobres que había convocado. Además, entregó a los pobres todos los

- objetos de valor que le quedaban de los que había traído de la casa de su padre, rey de Hungría, y todo lo que tuvo, fundando allí mismo un hospital.
- 64 Tenía que soportar ultrajes, maledicencias y un gran desprecio por parte de los nobles y vasallos de su tierra, tanto que los suyos no querían hablar con ella y ni siquiera verla, pensando que era una estúpida. La insultaban y difamaban de muchas maneras como a una loca. Todo lo soportaba con tanta paciencia y gozo, de tal manera que, por la alegría que mostraba en la paciencia, la reprendían que hubiese olvidado tan pronto la muerte de su marido y se alegrase en vez de entristecerse.
- 65 Y como el maestro Conrado la hubiese inducido a un total desprecio de todas las cosas, ella pidió al Señor que le concediese en primer lugar, el desapego de todas las cosas temporales; en segundo, que le quitase el apego a los hijos; en tercer lugar, que le diese valor para despreciar las ofensas. Terminada la oración, Isabel dijo a sus sirvientas: “El Señor ha escuchado mi súplica y ahora tengo por basura todos los bienes mundanos a los que antes amé. Igualmente, Dios es testigo, que no me preocupo y quiero más a mis hijos que a mi prójimo. Los encomendé a Dios; Él haga con ellos como le plazca. También me alegro por las calumnias, ofensas y desprecios que sufro; nada amo, sino sólo a Dios”.
- 66 El maestro Conrado puso a prueba de varias maneras su constancia, rompiendo en todo su voluntad, ordenándole lo contrario a sus deseos. Finalmente, para hacerla sufrir más, la privó una a una de todas las personas queridas, para que sufriese por cada una de ellas. Y luego me alejó también a mí, Isentrudis, su predilecta; Isabel me despidió con mucho dolor del corazón e infinitas lágrimas. Finalmente apartó de ella a mi compañera Guda, que había estado con ella desde la infancia y que amaba con afecto muy especial. Isabel la despidió con lágrimas y suspiros. Esto hizo el maestro Conrado, de feliz memoria, con laudable celo y con esta intención: temía que nosotras pudiésemos hablar con Isabel de su gloria pasada y con ello se sintiese tentada y la echase de menos. Por tal motivo la privó de todo consuelo humano con nosotras, queriendo que viviese apegada sólo a Dios”.
- 67 El maestro Conrado le impuso dos mujeres severas que le procuraron muchas amarguras. Estas se mostraban insidiosas con ella, como les había encomendado el maestro Conrado, y la acusaron a menudo ante el maestro Conrado de no haber obedecido, cuando daba algo a los pobres o pedía a otros que les dieran⁴. Después, el maestro Conrado le prohibió dar algo, ya que ella no guardaba nada para sí y lo daba todo a los pobres.
- 68 Debido a tales acusaciones, tuvo que soportar azotes y bofetadas de parte del maestro Conrado, que ella, en otro tiempo, había deseado en memoria de las que recibió el Señor. Y fue obediente hasta tal punto que, a nosotras, Isentrudis y Guda, que a veces íbamos a visitarla, no osaba ofrecernos absolutamente nada de comer y ni siquiera hablar con nosotras sin autorización. Soportaba con gran paciencia y gozo todas estas adversidades, el desprecio y muchos azotes inferidos por el maestro Conrado con buen celo, para que no se desviase de su propósito.
- 69 Las citadas piadosas sirvientas, Isentrudis y Guda, que tenían tanta familiaridad con la beata Isabel desde que vivía su marido, concuerdan en todas estas cosas bajo juramento.
- 70 Interrogadas individualmente cómo conocieron los hechos declarados, cada una en particular respondió que habían sido testigos directos de todo, ya que habían vivido muchos años con la beata Isabel.
- 71 Isabel, un tiempo sirvienta de la beata Isabel, gran condesa de Turingia, interrogada bajo juramento sobre la vida y comportamiento de la beata Isabel, declaró que, después de asumido el hábito gris, siguió mucho tiempo con ella y vio personalmente muchas obras de caridad y conoció su gran humildad.
- 72 Convocó, en efecto, a su hospital, en el cual vivía, en la ciudad de Marburgo, los más pobres, débiles y enfermos, y los más devotos, a quienes servía personalmente. Preparaba las comidas con las sirvientas dedicadas a Dios y con hábito gris, y las servía a

⁴ Isentrudis muestra sus recelos contra estas dos religiosas que se quedaron con Isabel; sería una de las dos sirvientas Isabel o Irmgarda; y la noble viuda era Eduvigis de Seebach. Todas habían profesado como la Santa.

los pobres alojados en el propio hospital; los bañaba, los acostaba y los cubría. A cierto niño tuerto y cubierto de roña, que Isabel había acogido en el hospital, le demostró no sólo una gran humanidad, sino que lo llevaba a menudo a hacer sus necesidades naturales.

- 73 Irmgarda, religiosa vestida con hábito gris, tiempo antes sirvienta de la beata Isabel, después del juramento prescrito, interrogada dijo que la beata Isabel, después que hubo vestido el hábito gris, solía acoger a pobres en su hospital junto a la ciudad de Marburgo, a los que servía personalmente. También fuera del hospital daba limosnas a muchos pobres para que estuvieran atendidos. Secretamente vendía anillos de oro, mantos de seda y otras alhajas para servir a los pobres.
- 74 Declaró también que, en una sola noche acompañó hasta seis veces a hacer sus necesidades naturales a un muchacho tuerto y lleno de roña. Lo llevaba a la cama y a menudo lo cubría; lavaba personalmente sus paños sucios y se entretenía con gozo hablando con él.
- 75 Afirmó además que, después de construir el hospital de Marburgo, Isabel ayudaba a lavar a los enfermos y después de lavados los acompañaba a la cama y los cubría. Una vez rasgó una cortina de lino, como las que servían para aderezar las casas e hizo vestidos para abrigar a los bañados. Cuando los cubría, habló de esta manera: "¡Qué bonito es para nosotras bañar al Señor y tocarlo!". Y la sirvienta respondió: "¡Es muy bonito para nosotras comportarnos así! No sé si también para los demás".
- 76 [Irmgarda] dijo también que Isabel acogió en el hospital a una mujer leprosa muy hedionda, cubierta de tal manera de úlceras y pus, que daba asco verla hasta de lejos. La beata Isabel la lavaba, la vestía, vendaba sus llagas y le suministraba medicinas. Inclínándose ante ella, Isabel le soltó las correas del calzado. Quería también sacárselo, pero la mujer no lo permitió. Le cortó las uñas de manos y pies y le acariciaba su rostro ulceroso. Con el tiempo su salud mejoró. Al final la colocó en un asilo donde la visitaba a menudo y a veces la invitaba al hospital; era muy feliz al entretenerse con ella, la acostaba, hablaba con dulzura a aquella desgraciada y la confortaba. Ella proveía a los pobres de cuanto deseaban.
- 77 Igualmente Isabel, con sus exhortaciones, animaba a los hombres a que no se descuidasen de bautizar a sus hijos. Estimulaba a los enfermos a comulgar y a confesarse. Una vez exhortó a una viejecita pobre a que se confesara. Y como no le hacía caso, la azotó con unas varas; yacía como soñolienta y perezosa sin atender a las moniciones para confesarse. Así la incitó a confesarse de mala gana.
- 78 Después de la muerte del marido, no se permitió a la beata Isabel usar durante un cierto tiempo los bienes de su consorte, impedida por el hermano de su marido. Hubiese podido ciertamente disponer de un sustento de parte este hermano del marido, pero proveniente de requisas y exacciones de los pobres, como a menudo se hacía en las cortes de los príncipes. Por tanto, rehusó recibir tal sustento y prefirió ser marginada, ganándose la vida con el trabajo de sus manos y como mendicante. Hilando la lana, que se le suministraba del monasterio de Altenberg, como muchos saben, ganaba el mínimo necesario para su mantenimiento. Ofrecía también en el altar algún dinero que ganaba con el trabajo de sus manos.
- 79 Declaró, además, la citada Irmgarda que, cuando Isabel estaba enferma en cama, a menudo hilaba lana, ya que no sabía hilar el lino. A veces, para hacerla descansar, le quitaba de las manos la rueca, entonces, para no permanecer totalmente ociosa, aclaraba y estiraba la lana para trabajos posteriores.
- 80 En este mismo tiempo, mandó vender unos grandes pescados que le habían enviado. Los vendió fray Enrique, hijo del conde de Wegebach, entonces ermitaño, después fraile menor. La causa fue que Isabel quiso vender los pescados para comprar con el dinero algo más adecuado.
- 81 Sucedió un día que el rey de Hungría, padre de la beata Isabel, envió el conde Pavía con un gran séquito para conducir su hija a su tierra. En efecto, se había enterado de que vivía como una mendicante, privada de todo consuelo. En cuanto el conde llegó a la ciudad de Marburgo, encontró a Isabel, rueca en mano, hilando lana. Lleno de admiración, el conde se santiguó y exclamó: "¡Jamás se ha visto una hija de rey hilando lana!". Y como ella estuviese totalmente apegada a la pobreza y al destierro, no pudo convencerla a que volviera a su tierra natal con los mensajeros de su padre.

- 82 Tenía una capa gris demasiado corta y la alargó con un paño de otro color. Remendó también las mangas rotas de la túnica con una tela de otro color. A veces, en invierno, faltándole suficiente vestuario, se metía entre dos colchonetas, no sobre las dos, y también sobre el suelo. Y exclamaba: “¡Yazgo como en un sarcófago!”. Y se alegraba en la tribulación.
- 83 Una vez la beata Isabel fue llamada por la abadesa de Kitzingen, su tía, que la apremió a que se lavase. Finalmente, entrada en la bañera hizo estrépito con un pie, golpeando acá y allá contra el agua, y exclamó: “¡Se ha acabado el baño!”. Y salió rápidamente de la tina.
- 84 Sucedió una vez que la beata Isabel cuando estaba trabajando con sus manos para procurarse el sustento, como ya se ha dicho, el maestro Conrado la llamó para que fuese de Marburgo a Eisenach. Y como ya hubiese cobrado el precio de la lana hilada para la iglesia de Altenberg, devolvió un denario de Colonia con la lana que no había podido hilar, porque no quería recibir nada inmerecido y no ganado con su trabajo.
- 85 Isabel, la criada de la bienaventurada Isabel, bajo juramento, declaró también que, una cierta dama noble llamada Gertrudis de Leimbach vino a visitar a la beata Isabel. Con Gertrudis vino un cierto muchacho llamado Bertoldo, con vestido mundano. Llamándolo a sí, la beata Isabel le dijo: “Me pareces poco juicioso. ¿Por qué no sirves a tu Creador?” Respondió el joven: “ Oh señora mía, os suplico que oréis por mí para que el Señor me haga la gracia de servirlo”. Y ella: “¿Quieres que yo ore por ti?” Y él: “Sí, lo quiero”. Y ella: “Es necesario que te dispongas para la gracia de Dios, orando tú también mientras yo ruegue gustosamente por ti”. Y enseguida, arrodillándose, como tenía por costumbre, en un lugar adecuado, en el monasterio de Wehrda⁵, donde se encontraba entonces, empezó a orar muy atenta por el joven. También el muchacho, buscó un lugar alejado para la oración en el mismo monasterio.
- 86 Y después de que ambos dedicaran un buen rato a la oración, el muchacho empezó a gritar: “¡Señora, señora, dejad de orar!” Pero Isabel insistía con gran fervor en la oración. Poco después, el joven empezó a gritar más alto: “¡Oh señora, señora mía, acabad la oración porque desfallezco!”. El muchacho, en efecto, ardía de calor y sudaba tanto que echaba vaho y agitaba los brazos y el cuerpo acá y allá, como enloquecido.
- 87 La señora del muchacho y la mencionada Isabel, la sirvienta de la beata Isabel, e Irmgarda (que lo confirmó con juramento) corrieron a sostener al muchacho y comprobaron que estaba todo ardoroso - como afirmó la sierva Isabel - y sus vestidos mojados de tanto sudor, mientras él seguía con sus gemidos: “¡En el nombre del Señor, dejad de orar porque estoy ardiendo!” Y las que lo sostenían apenas podían soportar el calor en sus manos. Tan pronto como la beata Isabel dejó de orar, el muchacho se sintió aliviado.
- 88 Después de morir Isabel, el joven entró enseguida en los frailes menores. Lo que hemos contado de este muchacho sucedió un año antes del tránsito de la beata Isabel. La sirvienta Isabel afirma que, a menudo, acontecía lo mismo con aquellos por los cuales la beata Isabel oraba.
- 89 Cuando, después de una extrema pobreza, recibió una gran cantidad de dinero como dote de viudedad, convocó a los pobres e inválidos de un círculo de doce millas alrededor de Marburgo, en un lugar y día determinados. Mandó distribuir quinientos marcos a la vez. Para que todo se hiciese con facilidad y orden, la misma beata Isabel giraba arremangada y rogaba a los mendigos que permanecieran sentados, para servirles como hizo el Señor. Dio y publicó una ley que, todo al que se moviese de su sitio y recibiese limosna dos veces, en perjuicio de los otros pobres, e impidiese el orden, le cortarían un mechón de cabellos para su humillación.
- 90 Por casualidad, llegó de improviso una joven llamada Hildegundis, con una cabellera bellísima, que ignoraba las disposiciones de Isabel. Pero su intención no era recibir limosna, sino visitar a una hermana enferma. Fue conducida a la presencia de la

⁵ En las fuentes encontramos el nombre de Wehrda. Sin embargo esta villa no ha sido identificada con seguridad. Según el gran historiador Huyskens, podría tratarse de un error de los transcritores cuando, en realidad, se trataría del monasterio de Wetter, cerca de Marburgo, cuya abadesa aparece en las exequias de Isabel, como indicamos en su debido lugar.

beata Isabel, como si hubiese infringido la orden establecida. Se le preguntó a la beata Isabel que cosa se tenía que hacer con ella según las ordenanzas. Viendo la belleza de sus cabellos, Isabel mandó que se los cortasen enseguida. Cortado el pelo, la muchacha estalló en llanto. Cuando vino alguien que sabía que la chica era inocente, algunos se presentaron a Isabel para hacerle saber que la muchacha había sido castigada indebidamente. Isabel les respondió: “¡Al menos, en adelante, con estos cabellos no irá más a bailar!”.

91 Al instante hizo venir a Hildegundis y le preguntó si alguna vez había pensado en escoger una vida más perfecta. La muchacha le respondió que ciertamente hacía tiempo que hubiese servido al Señor con hábito religioso, si la belleza de sus cabellos no se lo hubiese impedido. Entonces le dijo la beata Isabel: “Prefiero más que tú hayas perdido tu cabellera que si mi hijo se hubiese convertido en emperador”. Y la tomó enseguida consigo, admitiéndola en el servicio del hospital todos los días de su vida, después de haberle impuesto el hábito religioso. Hoy sigue sirviendo todavía en el hospital de Marburgo y nosotras mismas hemos visto la bellísima cabellera cortada. Esto lo contó la misma Hildegundis bajo juramento. Lo confirmaron el párroco de la ciudad y muchas personas que conocían los hechos.

92 En el mismo día en que Isabel había repartido la limosna de quinientos marcos, al anochecer de aquella jornada, cuando lucía la luna y la mayor parte de los pobres más fuertes ya se habían ido, quedaban muchos pobres, los más débiles y enfermos, echados junto a los setos del hospital y en las esquinas del patio. Cuando los vio la beata Isabel entrando en el patio, dijo a los suyos: “Mirad, han quedado los más débiles. Démosles algo más”. Y ordenó dar a cada uno seis denarios de Colonia y no quiso que los niños recibieran menos. Acto seguido, hizo traer pan y se lo distribuyó. Hecho esto, dijo: “¡Vamos a darles una gran alegría! Hagamos fuego para ellos”. Y mandó encender a lo largo fogatas e hizo lavar y ungir los pies a muchos. Los mendigos estallaron de inmediato en cantos y se sintieron felices. Cuando los oyó, la beata Isabel dijo: “Mirad, os he dicho que tenemos que hacer felices a los hombres”. Y ella misma gozaba con los que gozaban (Rom 12,15).

93 También la sirvienta Isabel declaró bajo juramento que cuando la beata Isabel se encontraba en la villa de Wehrda, había una mujer pobre a punto de parir. Su domicilio, empero, estaba muy lejos. Entonces la beata Isabel ordenó prepararle una habitación en el granero vecino a su propia vivienda, acondicionar una chimenea, encender fuego, procurar un colchón con almohadas y las cubiertas necesarias. Después del parto, Isabel hizo bautizar el niño y ella misma escogió el nombre a darle. Visitaba la parturienta diariamente y la bendecía. La asistió durante unas cuatro semanas. Pero aquella pobrecita olvidó los beneficios recibidos. Una tarde la señora le dio licencia para volver a su casa; la beata Isabel le entregó una capa y su propio calzado con doce denarios colonenses y un vestido. Ordenó después quitar las mangas del abrigo de piel de su sirvienta Isabel, para embozar al niño; le hizo entregar, además, tocino y harina.

94 La mujer, sin embargo, muy de mañana, abandonando al niño en el hospicio, se fue con su marido a quien Isabel había dado también un par de zapatos. Muy de mañana, cuando la beata Isabel estaba en la iglesia, llamó a su sirvienta Isabel y le dijo: “Tengo algunos panecillos en mi bolsa que podrían servir a aquella pobrecita y a su niño para fortalecerse; tómalos y llévaselos”. Pero cuando la criada llegó al hospicio donde esperaba encontrar a la pobre, se dio cuenta de que la mujer se había marchado y había abandonado al niño. Vuelta a la beata Isabel, la sirvienta le comunicó la fuga de la mujer y que había abandonado al niño. A lo que contestó la beata Isabel: “Ve inmediatamente y toma al niño para que no quede sin cuidado”. Tomando al niño, Isabel lo confió a la mujer de un militar para que lo cuidase en la misma ciudad.

95 Llamó de inmediato al juez de la ciudad para que enviase mensajeros por todos los caminos en busca de la madre del niño. Pasado algún tiempo, volvieron los mensajeros, pero no habían encontrado a nadie. La sirvienta Isabel se lo contó a la beata Isabel, y le pidió que orase para que el Señor le mostrase donde se hallaba la madre del niño. Temía, en efecto que el maestro Conrado se indignase con tal motivo [por no haber sido consultado]. Pero la beata Isabel respondió: “Sólo sé pedir al Señor que se haga su voluntad”. Al cabo de una hora, volvió el marido de aquella pobrecita, se echó delante de la beata Isabel y manifestó claramente que se vio impedido de seguir adelante con su mujer. Por lo que se sintió forzado a volver. Interrogado dónde estaba su mujer, reveló

- el lugar preciso. Enviaron mensajeros y trajeron a la mujer quien declaró que no podían seguir adelante y pidió perdón por aquella ofensa e ingratitud tan grandes.
- 96 Entonces los presentes juzgaron con razón que aquella mujer, por su ingratitud, tenía que ser desposeída de la capa y del calzado, para entregarlos a otros pobres. No era justo que aquella mujer, que parecía de mala reputación, usase la capa y otros objetos de la beata Isabel. La misma beata Isabel dijo: "Haced lo que os parezca justo". Le fue quitada la capa y entregada a una muchacha devota de la ciudad que hizo muy pronto voto de castidad y prometió servir al Señor con hábito religioso. Pero los zapatos fueron entregados a una viuda. Compadecida de aquella pobrecita, la beata Isabel ordenó que le entregaran pieles y otro calzado. Tomando consigo al niño, que antes había abandonado, se marchó.
- 97 También Irmgarda declaró haber oído decir a la beata Isabel: "'La vida de las hermanas en el mundo es muy despreciada, pero si hubiera un estado de vida aún más despreciado, yo lo habría elegido. Hubiese podido ciertamente prometer obediencia a algún obispo o abad que tuvieran posesiones, pero preferí hacerlo al maestro Conrado que no posee nada y es un pobre mendicante; así no puedo esperar ningún consuelo en este mundo".
- 98 Dijo también que la beata Isabel temía muchísimo al maestro Conrado pero, como a un representante de Dios. Decía: "Si temo tanto a un hombre mortal, cuánto más se ha de temer a Dios omnipotente que es Señor y juez de todos".
- 99 Igualmente Irmgarda contó que el maestro Conrado un día ordenó a la beata Isabel que fuera a Altenberg para mirar si podría llevar una vida en clausura⁶. Las monjas pidieron al maestro Conrado que, cuando llegase la beata Isabel, le permitiera entrar en el monasterio para que las monjas la pudieran ver. El maestro Conrado respondió: "Que entre si así lo desea", pensando que Isabel no osaría entrar. Pero Isabel entró creyendo que tenía permiso, confiando en las anteriores palabras del maestro Conrado.
- 100 Cuando el maestro Conrado lo supo, hizo llamar a la beata Isabel y le presentó el libro del evangelio abierto obligándola a jurar que le obedecería en todo, debido a la excomunión en que había incurrido violando la clausura. Y aunque la hermana Irmgarda había quedado fuera de la clausura y sólo había abierto la puerta del monasterio desde fuera con la llave que le habían entregado, el maestro Conrado le ordenó postrarse en tierra junto a la beata Isabel. Después encargó a fray Gerardo [franciscano, acompañante de Conrado] que las azotase bien con una vara bastante gruesa y larga. Entretanto, el maestro Conrado recitaba el salmo *Miserere mei, Deus*. Dicha Irmgarda declaró que al cabo de tres semanas aun tenía las marcas de los azotes y la beata Isabel, más todavía, porque había sido castigada más duramente.
- 101 Confesó Irmgarda que la beata Isabel, después de aguantar esto, dijo: "Es necesario que soportemos de buena gana tales contrariedades, porque con nosotras sucede como con las cañas que nacen en las márgenes de los ríos. Cuando el río las inunda, la caña se inclina y abaja, mientras el agua fluye por encima sin hacerle daño. En cuanto cesa la inundación, se yergue y crece con fuerza y más lozana que nunca. Del mismo modo, es necesario que nosotras seamos dobladas y humilladas, para levantarnos después con más gozo y entusiasmo".
- 102 Declaró, además, Irmgarda como la beata Isabel era tan prudente que pedía al médico que le regulara la dieta para no excederse en las privaciones, no fuera que, debido a las penitencias indebidas, enfermase y así no pudiese servir a Dios y tuviese que dar cuentas al Señor por sus demasiadas abstinencias.
- 103 La beata Isabel no quería que sus sirvientas, algunas de las cuales eran muy pobres y de origen humilde, la llamasen *señora*. Se hacía tratar en singular, de *tú* (no Vos): "Tú, Isabel". Quería que sus criadas se sentasen a su lado y comiesen en la misma escudilla. Un día la sirvienta Irmgarda le dijo: "Vos, haciéndolo así, hacéis méritos, pero no os preocupáis de nosotras que podríamos enorgullecernos por comer y beber con Vos". La beata Isabel le replicó: "Mira, quiero que te sientes en mi regazo". E hizo sentar a Irmgarda en su regazo.
- 104 Contó, además, Irmgarda que la beata Isabel lavaba ollas, escudillas y cacerolas. Y a menudo alejaba las criadas para que no le impidiesen realizar tales servicios. Muchas

⁶ Probablemente ya había entregado su hijita Gertrudis, de año y medio de edad, a la custodia de las monjas de este monasterio, y entró para verla.

- veces, cuando volvían, las sirvientas encontraban a la beata Isabel limpiando escudillas y otros utensilios. A veces estaba toda mojada.
- 105 La beata Isabel visitaba también con sus sirvientas las casas de los pobres y hacía llevarles pan, carne, harina y otros comestibles. Entregaba los alimentos personalmente y controlaba con cuidado los vestidos y lechos de los pobres. A la vuelta a casa se dedicaba a la oración. Acostumbraba también venerar las reliquias de los santos con incienso y velas.
- 106 Igualmente la beata Isabel solía dar muchas cosas de una vez a los pobres. Pero cuando el maestro Conrado le prohibió dar de una sola vez más de un denario a cada uno, Isabel procuró dar en pequeñas cantidades lo que no podía de una sola vez. Cuando el maestro Conrado se dio cuenta, le ordenó que, a partir de entonces, Isabel no diera dinero, sino solamente pan. Isabel entonces aumentó los panes, como había hecho con el dinero. Entonces el maestro Conrado le mandó dar solamente trozos de pan. Isabel fue obediente en todo y estuvo plenamente disponible.
- 107 Una vez que la beata Isabel salió de viaje para visitar una ermita, el maestro Conrado le envió un mensajero con la orden de hacerla volver atrás. Isabel dijo con humor al mensajero: "Nosotras somos como la tortuga que, en tiempo de lluvia se encoge en su caparazón. Así también, por obediencia, nos retiramos del camino que hemos emprendido".
- 108 Igualmente la beata Isabel ordenó que su hija, de un año y medio de edad, fuese alejada de ella⁷, para no amarla demasiado y no le fuera un obstáculo para servir a Dios.
- 109 También Irmgarda contó que la beata Isabel, cuando era muy feliz, lloraba mucho. Parece una cosa extraña: gozar y llorar al mismo tiempo. Al llorar no trastocaba el rostro y ni lo retorció o deformaba. Las lágrimas fluían como de un manantial, regaban su rostro que aparecía muy sereno e irradiaba alegría. Así, Isabel decía de aquellos que deforman la cara cuando lloran: "Parece que quieren asustar a Dios. Den al Señor lo que tienen, con alegría y ánimo festivo".
- 110 Un día Isabel fue a visitar un convento de frailes que no tenían bienes y vivían de las limosnas diarias. Le enseñaron unas imágenes suntuosas, doradas, de su iglesia. A los veinticuatro religiosos que aproximadamente vivían en aquel convento, Isabel les dijo: "Hubieseis podido gastar mejor el dinero en vuestros vestidos y comida antes que en las paredes. Estas imágenes deberíais llevarlas en vuestro corazón". Habiéndole hablado un religioso de una bella imagen que le iría bien a ella, respondió: "Yo no necesito una imagen semejante, porque la llevo en mi corazón".
- 111 También en las tribulaciones, se alegraba y era muy feliz y paciente, tanto que jamás parecía sufrir. No podía soportar que alguien, delante de ella, dijese palabras ociosas o airadas; enseguida exclamaba: "¿Dónde está el Señor?"
- 112 Aunque podríamos contar, por escrito, tantas cosas sobre su vida y santidad, sobre su humildad, paciencia y discreción, que escuchamos de personas que convivieron con ella, para no ser prolijos, añadiremos algunas cosas del fin de su vida.
- 113 La citada Isabel, sirvienta de la señora Iandgrave, contó: "Cuando mi señora, la beata Isabel, estuvo por última vez en cama, escuché un canto dulcísimo, como si saliese de su garganta, mientras ella estaba vuelta hacia la pared. Al cabo de una hora, volviéndose hacia mí, exclamó: "¿Dónde estás, querida?" Yo respondí: "¡Estoy aquí!" Y añadí: "¡Señora mía, qué dulcemente has cantado!" Me pidió si lo había oído. Le respondí que sí. Ella añadió: "Te quiero decir que entre mi y la pared había un pajarito que cantaba muy gozoso. Fascinada con su canto, también yo tuve que cantar". Esto sucedió algunos días antes de su muerte.
- 114 Declaró también la misma doncella: "Mi señora, la beata Isabel nos trataba a las sirvientas con palabras muy amables, diciéndonos *queridas*, o bien, *amigas*."
- 115 Igualmente, cuando estábamos sentadas junto a la beata Isabel, en la cama por última vez, ella nos pidió: "¿Qué haríamos si nos apareciera el demonio?" Poco después, con voz alta, como si rechazara el demonio, gritó: "¡Vete, vete, huye de aquí!". Y añadió: "Ahora hablemos de Dios y del niño Jesús, ya que se acerca la medianoche, la hora en que nació Jesús y fue colocado en un pesebre. Y con su infinito poder, creó una

⁷ La declaración de Irmgarda habla del niño (*puerum*) que tenía entonces un año y medio de edad. Este *puer* no puede ser otro que Gertrudis. Nos referimos a este pasaje en IX, 1.

nueva estrella que antes nadie jamás había visto". Mientras decía estas cosas, Isabel aparecía felicísima como si no estuviese enferma. Y añadió: "Aunque esté tan débil, no me siento enferma".

116 Igualmente la criada Irmgarda declaró haber oído que la beata Isabel, antes de su muerte, dijo: "Ha llegado el momento en que Dios omnipotente llamará a sus amigos". Añadió que durante todo el día antes de su muerte, Isabel aparecía devotísima. En el momento de su tránsito, echada como si durmiese, expiró"⁸.

117 El cuerpo de la beata Isabel permaneció insepulto hasta el miércoles después de la hora de su muerte. Sin embargo, no emanaba ningún mal olor, como suele suceder. Al contrario, su cuerpo exhalaba un perfume aromático que fortalecía el espíritu. Su cuerpo fue revestido con la túnica gris y su rostro fue envuelto con paños. Mucha gente, por devoción, cortaba trocitos de sus paños, otros los rasgaban, otros le cortaban algunos cabellos y uñas. Algunos hasta le cercenaron trocitos de sus orejas. Hasta los hubo que le cortaron las puntas de los pezones, llevándoselos como reliquias. No es fácil expresar todo el dolor y el comportamiento de los pobres que acudieron, cuando se enteraron de la muerte de la beata Isabel, que había sido como su madre.

118 Cuando se celebraban las vigiliass fúnebres, la abadesa de Wetter, presente allí, había oído a los pajaritos cantar festivamente. Asombrada por saber de donde provenía aquello, salió fuera de la iglesia y vio muchos pájaros congregados sobre el tejado de la iglesia como si estuviesen celebrando las exequias. Y pudo escuchar sus variadas modulaciones.

119 Aunque podríamos contar muchas cosas que hemos visto y sabido sobre su vida, comportamiento y devoción: sobre su hospital de Marburgo; sobre su dignísima solicitud por los pobres y enfermos en dicho hospital; hasta sobre la variedad de vestidos de seda y púrpura, hemos querido evitar ser prolijos, pero dejamos constancia de algunas cosas entre muchas.

⁸ Era la madrugada del lunes 17 de noviembre 1231. Isabel tenía solamente veinticuatro años.